Los Sueños de Olluquito

Conoce, Educa, Protege.

Sensibilización, concienciación y empoderamiento de los Derechos de la Infancia, la Niñez y la Adolescencia

Liga española de la educación de Utilidad Pública

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE DERECHOS SOCIALES, CONSUMO Y AGENDA 2030

POR SOLIDARIDAD
OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL

Editorial:
Liga Española de la Educación y la Cultura Popular

Presidente de Liga Española de la Educación:
Victorino Mayoral Cortés

Autores:
María Eva de Fátima Ledesma
María Saldaña Carrera
Álvaro Martínez García-Salmones
Mónica Jiménez Saavedra
Sonia Saiz Fernández

Diseño e ilustración:
Mauricio Maggiorini Tecco
www.mauriciomaggiorin.com

Nombre colección: CEP Conoce, Educa, Protege
Primera edición: Noviembre 2024- España

Materia destacada Therma: Derechos Humanos
Materia destacada Ibic: Derechos Humanos
ISBN: 978-84-126494-7-5
Depósito legal: M-24859-2024

Los Sueños de Olluquito

CONOCE *tu consumo,* EDUCA *sostenible,* PROTEGE *tu salud.*

Prefacio

¿Cómo surge "Los sueños de Olluquito"?

Nuestro proyecto Conoce, Educa, Protege, en esta convocatoria, ha abordado situaciones de aprendizaje que nos han permitido hacer frente a nuevas sensibilidades y preocupaciones de niños, niñas y jóvenes, desde la perspectiva de los Derechos de la Infancia.

En esta ocasión, hemos tomado un rumbo diferente relacionado con el Derecho a la Salud desde un punto de vista preventivo y de consumo sostenible.

Paralelamente, en esta convocatoria, han sido los y las participantes de nuestro proyecto, los que han realizado propuestas para obtener la información que después hemos utilizado para llevar a cabo la producción de contenidos de manera colaborativa.

Todo ello siendo acompañados/as por las profesionales que han llevado a cabo el proyecto y precedido por acciones de sensibilización.

Se ha permitido así un nivel de participación superior, fruto del trabajo compartido desde el inicio al final del proceso.

Un proceso de participación colaborativa, libre, experiencial y efectiva que ha contribuido a la generación de pensamiento crítico y ha facilitado a los niños, niñas y adolescentes (NNA) llegar a un aprendizaje significativo y competencial.

Un ejemplo tangible de toda esta participación, ha sido la elaboración de este cuento que de manera transversal recoge todo el recorrido creativo y vivencial que hemos compartido y acompañado.

La historia contempla una situación real, que ha vivenciado una de las profesionales de nuestro equipo tras el encuentro con un niño recién nacido en un vertedero en Senegal. Integra la fantasía creadora de algunos NNA que colaboraron para la trama del cuento, aportando nombres de los personajes, situaciones de conflicto, ideas para posibles resoluciones… El personaje principal, Mbaye, va creciendo, atravesando desafíos en cada etapa evolutiva. Más allá de las dificultades en su vida, es resiliente y soñador. Cumple su anhelo de conocer España. Descubre nuevas aventuras en su viaje tratando de comprender "el mundo" y ser guardián de la tierra. Encuentra amigos con diferentes temperamentos, aprende con ellos, descubre contrastes culturales y nuevas prácticas de vida para su propio bienestar y el de la humanidad.

El título del cuento ha surgido de los talleres con el Centro Municipal de Mayores de la zona de Arganzuela, Madrid. Es una metáfora con el deseo de atravesar fronteras y que en cualquier sitio del planeta se pueda contar con un "Olluquito" para la infancia.

Además, ha servido como disparador para generar nuevas creaciones artísticas, con dibujos, frases motivadoras e historias para abordar los derechos de la infancia y generar acciones intergeneracionales donde se han realizado intercambios de las producciones entre personas participantes de los talleres de diferentes edades (desde 3 a 90 años). Impartimos los talleres en escuelas, ONGs, Casitas de niños/as en diversos sitios. Agradecemos especialmente a cada persona que ha hecho posible la creación y difusión de esta historia.

El cuento está destinado sobre todo a niños/as de primaria de entre 9 y 12 años. Igualmente, es posible hacer adaptaciones para acercarlo a niños/as más pequeños. Inclusive, es interesante para profundizar con jóvenes y mayores, indagando los temperamentos de los personajes y los desafíos en las diferentes edades.

“Los sueños de Olluquito" es un cuento que pretende ser un camino de reflexión, debate y participación intergeneracional que vincule experiencias y saberes promoviendo nuevos hábitos sostenibles, saludables y respetuosos con el medio ambiente.

¿Qué alimentos has consumido hoy desde que te levantaste? ¿Sabes cómo están producidos? ¿Cuál es el impacto que se genera al distribuirlos? ¿Tienes otras opciones más sustentables?

La intervención en los diferentes territorios como Madrid, Palencia y Asturias, a través de los talleres diseñados desde el programa CEP es donde a través de plenarias hemos ido debatiendo y generando conocimiento sobre nuevos hábitos alimenticios saludables y sostenibles.

¿Sabes que hay personas que se alimentan de la “basura” ?, ¿Qué se puede hacer ante el “hambre” en el mundo?... ¿qué puedo hacer yo hoy para la “humanidad”?

En “Los sueños de Olluquito”, cada crisis puede ser una oportunidad. La participación de cada ser humano es posible y una alimentación sostenible para todos se comienza a gestar.

En este viaje de los sueños, se vive un proceso comunitario donde la creatividad y la cooperación son semillas para la humanidad.

¿Viste alguna vez a algún niño o alguna niña contando cuentos a sus abuelos y abuelas?

Es habitual que veamos cómo nuestros mayores son los que nos cuentan los cuentos, pero en esta ocasión hemos querido que nuestra historia comience al revés, como una forma de reflexionar sobre la importancia de escuchar la voz de los NNA y disponernos también como adultos a aprender con ellos/as.

Valoramos y agradecemos los cuentos que los mayores durante generaciones han transmitido a la infancia. Sirva este cuento como homenaje.

Ojalá se cumpla nuestro sueño de gestar encuentros y espacios intergeneracionales. Que podamos promover el desarrollo de nuevos hábitos, fomentando prácticas de alimentación saludables y consumos sostenibles.

¡Que en cada rincón del mundo podamos seguir dando el salto juntos/as. Creando sueños de Olluquito!

Índice

Medicina para los sueños 7

Nacimiento en el vertedero 9

Sorpresa y vigor en el huerto urbano 13

Calma en el campo de girasoles 16

Recolectando frutos de justicia 20

Retorno al interior del Baobab 24

Sueños de
Olluquito

Medicina para los sueños

Esa noche yo tenía un solo deseo: llevar calor a los sueños de mi abuela Celestina. Entre el frío invierno y el dolor de la enfermedad que la consume, lleva varios días sin poder dormir bien. ¡Durante tantos años fue ella quien me contaba los cuentos para dormir! Esta vez me tocaba a mí.

— Buenos noches abuela Celestina.

— Buenas noches mi pequeño Álvaro, ¿vas a contarme un cuento?

— Si abuela. Espérame, primero, voy a encender la vela que te hice con esencia de lavanda para regalarte y tomaré un poco de agua. Te advierto que este cuento es un poco diferente, está basado en una historia real… ¡estoy seguro que te va a encantar!

— Gracias mi niño, tus historias son mi mejor medicina.

Y así… mientras estaban los dos tomados de la mano, el niño comenzó a contarle la historia: **"Los sueños de Olluquito".**

Nacimiento en el vertedero

Había una vez, un pequeño niño de nombre Mbaye, nacido en Senegal en un lugar muy particular. Donde grandes aves de color negro revolotean en círculos en el cielo para bajar a grandes montañas repletas de desechos. Un lugar con un olor intenso y desagradable, donde hay personas que nacen, viven y trabajan allí dedicándose a la selección y recolección de elementos para reciclar del vertedero Mbeubeuss en Dakar.

Cuando vino al mundo, lo nombraron Mbaye protector y guardián de la prosperidad. Es un bebé muy pequeño y hermoso con un talento especial, puede ver cosas que los adultos no llegan a percibir. Es alegre, extrovertido, optimista, lleno de energía, le interesa todo y recibe con apertura el afecto de quienes le rodean.

Su madre, Malak, lo acuna en sus brazos para amamantarlo, mientras lo mira hasta que se queda dormido.

Una mariposa blanca canta junto a ella las más bonitas canciones para arrullar al niño.

Mbaye fue creciendo y durante sus tres primeros años de vida aprendió a andar, hablar y pensar. Poco a poco comenzó a imitar los gestos de cuidado de su madre.

En sus siete primeros años juega libremente. Es alegre, extrovertido, optimista, lleno de energía, le interesa todo y recibe con apertura el afecto de quienes le rodean. Se identifica con el color amarillo que trae la fuerza del sol, como él que es portador de un rayo de luz. Ve el mundo como un lugar bueno y más allá del contexto donde va creciendo tiene muchos sueños. Su gran anhelo de mayor es viajar y conocer otros lugares y aprender otros idiomas.

Cuando cumplió sus 9 años, un día cualquiera, mientras estaba con su hermano Michael, reciben una llamada de teléfono:

— Ring, ring... Buenos días... le llamamos del hospital, lamentamos comunicarles que Malak, su madre ha fallecido esta mañana mientras estaba vendiendo agua en su trabajo. Algunos compañeros la llevaron a las 12:30hs en carro porque no había otro medio de transporte. Cuando llegó aquí ya era demasiado tarde, estaba sin signos vitales, la mala nutrición, el calor y las consecuencias de la enfermedad de drepanocitosis acabaron con ella. Hemos intentado reanimarla, pero estaba en una situación crítica, lo sentimos mucho.

A partir de entonces Mbaye tiene un salto en su vida y comienza a contar su historia:

Una parte de nosotros había dejado de escuchar, no podía creer lo que nos estaba diciendo, sentía una mezcla de enfado, impotencia, una gran angustia que me invadía sin poder controlarlo. Pero, fue Michael quien me lo recordó, habíamos hecho una promesa a nuestra madre, que nunca íbamos a dejar de luchar por nuestros sueños por más imposibles que parecieran.

Fue entonces cuando mi hermano tomó la decisión. Tardamos bastante en poder conseguirlo. Pero un día llegó el momento. Nos fuimos de nuestra tierra buscando un futuro mejor.

Llevamos solo una mochila con pan y agua. Caminamos un montón. Tomamos un cayuco precario para atravesar el mar junto a otras personas que también arriesgaban sus vidas con esperanzas e incertidumbres.

El viaje parecía eterno, yo estaba muy cansado, y hay momentos que ni siquiera logro recordar que es lo que ha pasado, pero conseguimos cruzar el gran océano.

Y por fin, un buen día estábamos caminando en suelo español y nos dirigimos a una ciudad llamada Madrid. Mi hermano insistía en que nos esperaba una gran sorpresa.

Sorpresa y vigor en el huerto urbano

Pasaron muchos años hasta que me enteré de la verdad. Nunca había visto a mi padre, mi madre no hablaba de él. Crecí enojado por su abandono, ni siquiera sabía si estaba muerto o vivo. Tampoco me interesaba. Hasta ese día que, a mis 12 años, mi hermano me contó un montón de historias familiares escondidas que no llegaba a comprender plenamente. Estaba sorprendido y, a la vez, furioso. Sin embargo, después de escuchar a mi hermano, por alguna misteriosa razón, me sentía entusiasmado. Tras enterarse de que mi madre estaba embarazada, mis padres decidieron que Sidy, mi padre, viajara a España a buscar un nuevo trabajo, estudiar y juntar dinero para ayudarnos a salir del vertedero. Fueron años muy duros para él también. Con la muerte de mi madre, ya no era posible dejar pasar más tiempo y organizaron con mi hermano nuestro arriesgado viaje a España.

Una mujer de cabello rojizo, corazón generoso y llena de energía ha ayudado a mi padre. Trabajan juntos en huertos urbanos en Madrid. Ella es empresaria, trata de cuidar el impacto en lo social, ambiental y económico. Mi padre tenía experiencia trabajando en la huerta del vertedero, ama la tierra y es fuerte. María es capaz de llevar a cabo casi todo lo que se propone. Mi padre, a veces, sentía que es un poco autoritaria y acelerada para hacer las cosas. Le costaba esperar los ritmos de la naturaleza y entender que no todo se puede controlar. Sin embargo, si hay algo que aprendí de María es su capacidad de llevar a cabo las iniciativas.

Fue maravilloso poder conocerlos y, entre los cuatro, cosechar juntos verduras de las huertas en aquel verano en Madrid. Sentía que el mundo era bello.

Al conocer más de mi historia, tenía muchas preguntas sobre el vertedero, la contaminación.

Me costaba entender por qué era tan distinto España de Senegal... Extrañaba a mis amigos y comer juntos debajo de un árbol con la mano. Bailar, jugar, ver el atardecer junto al mar.

Durante un tiempo tuve que vivir en una residencia para jóvenes y conocí nuevos amigos. En África, el sentido del tiempo es diferente que en Madrid. Me adapté a nuevas rutinas y estructuras. Lo positivo fue que pude conocer educadores y estudiar. En mi país no todos tenemos esa posibilidad.

Entonces yo quería ser profesor para poder ayudar a otros a comprender el mundo también.

Cuando terminé los objetivos que tenía que cumplir para salir de la residencia y con la autorización de mi padre, un nuevo salto de vida me esperaba.

Fue María quien me entusiasmó, ella siempre tenía la habilidad de liderar e impulsar a otros a seguir una dirección. Ella me ha impulsado a seguir en mi búsqueda y me ha animado a viajar a Palencia a conocer Tierra de Campos. Decidí seguir viajando por España, ir a conocer nuevos lugares y personas para aprender y conocer más. Buscaba estudiar y trabajar para cuidar la tierra, eso me hacía feliz y confiaba que así, también podría colaborar en el bienestar de otros.

Calma en el campo de girasoles

Animado por María, con 15 años llegué a Palencia. Veía el mundo como un lugar verdadero. Caminé hasta el parque “Dos Aguas”. Estaba rodeado de mucho césped. En un banco, vi a un señor mayor vestido todo de verde como los colores de la naturaleza y del campo que tanto admiraba. Él estaba observando una laguna artificial donde había patos, cisnes y ocas. Les estaba dando de comer.

Eugenio, era su nombre. Les estaba dando avena y cebada porque, aunque mucha gente les da pan, no es bueno, ya que no es un alimento completo. El pan les sacia y luego no buscan el alimento que realmente necesitan.

Me recordó a algunas personas en el vertedero, ya que también tenían trucos para engañar al estómago cuando pasaban hambre. Eugenio me contó que él también pasó mucha hambre durante la posguerra y que la gente tuvo que robar debido a la necesidad. Sin embargo, en Senegal, aunque habíamos pasado necesidad y hambre, la gente de mi zona no tenía por qué robar, ya que nos ayudamos mucho entre sí. Allá la comida se comparte con todos.

Mantuvimos una larga conversación y cuando Eugenio tomó conciencia del tiempo que había transcurrido, se dio prisa y comentó que se tenía que ir al pueblo a sembrar la huerta y cuidar de las gallinas. Me invitó a acompañarlo. Yo tenía deseos de ayudarlo y trabajar con él.

Desde este encuentro inesperado, mi vida dio un salto otra vez. Eugenio pasó a convertirse en un tío para mí.

Eugenio ha dedicado su vida a cuidar la tierra y el campo, como agricultor, cosechando calma y amabilidad. Parecía no hacer grandes cosas nunca. No necesitaba cosas nuevas, ni proponerse metas más allá. Vivía tranquilo y en equilibrio. Tenía habilidades para cuidar cada detalle. Los días con él parecían pasar a cámara lenta. Observé que cocinaba poco debido a que estaba solo; por ello iba con él a la compra y me enseñó lo que eran los sellos de calidad como "**tierra de sabor**" que nos ayuda a elegir buenos productos. Me contaba anécdotas del campo, ¡tenía cada historia! Yo me reía y me daba cuenta de que él también disfrutaba de estar acompañado. La soledad a veces la vivía como una "enfermedad".

Encontramos una solución yendo juntos al pueblo Revenga de Campos. Trabajamos la huerta y cuidamos de los animales. También nos relacionamos con la gente del lugar. Me parecía interesante que a diferencia de la ciudad el producto es fresco y se desperdicia poca comida ya que se dan las sobras a los animales. La pena es que no se podía reciclar porque no había contenedores.

Junto con Eugenio comenzamos una movilización para conseguir contenedores de reciclaje, les enseñe a hacer muebles reciclados y bebederos que no desperdician el agua ya que están encima de tiestos por lo que te ahorras regarlos.

Quería hacer algo especial para agradecer la generosidad de Eugenio. Junto con su hermana, Justina organizamos un picnic sorpresa en el campo donde "brillan" los girasoles que había plantado Eugenio. La excursión lo animaría, seguro. Preparamos comida rica para compartir: queso de oveja, jamón, albaricoques, nectarinas, tortilla de patata y guindillas. ¡Lo disfrutamos tanto!

Cada encuentro con ella era una oportunidad para aprender lengua de signos. Hace ya varios años que le detectaron hipoacusia y usa un audífono. ¡Hay tantas nuevas formas de comunicarnos!. Yo adoraba sus apapachos y su perseverancia incansable.

Se acercaba el tiempo de seguir viaje y mi próximo destino era Asturias. Antes de partir, decidí hacerle un regalo a Eugenio para que se sintiera acompañado. Sabía que le iba a alegrar. Fui a la protectora de animales con Eugenio y juntos elegimos a su nuevo compañero de vida, "Pepito", un perrito que estaba solitario desde hace mucho tiempo porque era un poco mayor y que ahora iba a tener un nuevo hogar. Creo que encontré una maravillosa solución para todos.

Eugenio dice que aprendió de mí a quererse más a sí mismo, que la comida es más rica y natural no solo por la calidad del producto, sino cuando se hace con cariño y se disfruta en compañía. Yo, del encuentro con él, me llevé en mi "mochila de aprendizajes" que, en la vida, también se puede estar con menos actividades para conseguir el equilibrio y la calma.

Tras estas experiencias mi vida seguiría caminando.

Recolectando frutos de justicia

He llegado a Asturias y tengo 21 años. Lo mejor que me ha pasado fue conocer a Lluci. Ella piensa mucho todo antes de llegar a conclusiones; es una persona reflexiva, muy buena organizadora, artesana y recolectora de alimentos silvestres. Vive en las montañas, cerca de un pequeño pueblo, y tiene un profundo respeto por la tierra y sus ciclos. Está preocupada por la pérdida de biodiversidad y los efectos del consumo irresponsable en el planeta. Es una luchadora incansable: sigue cultivando y recolectando alimentos de manera respetuosa y sostenible, enfocándose en una alimentación saludable basada en productos locales.

Lluci es una gran artista, tiene la habilidad de expresar sus sentimientos. Forma parte de un coro donde cantan la canción "Makanisi" (de Lokua Kanza, en la lengua lingala). Ella la tararea siempre mientras pinta con acuarelas. Creo que, por la profundidad de la letra y el brillo en su mirada al cantarla, a mí me toca el corazón hasta la eternidad.

Recuerdo la primera vez que me llevó a conocer el castaño; yo nunca había visto uno, y sin saberlo, me dediqué a tomar los frutos del árbol con la mano. Como me pinchaba, me puse un guante... Luego, ella me mostró que debíamos recolectar las castañas caídas en el suelo, quitándoles con los pies la cáscara que pincha para sacar el fruto y que después podríamos cocinarlas en una sartén. ¡Eran tan deliciosas para mí!. Además me explicó que hay diferentes tipos de árboles de castaños y que no todos sus frutos son comestibles para el ser humano.

Solíamos tener largas caminatas en la naturaleza y adoraba recolectar setas juntos mientras íbamos cantando en diferentes idiomas. Su voz me ayudaba a sanar. Cuando cantábamos juntos el ritmo del corazón de los dos latía igual y me daba fortaleza.

Me traía recuerdos de mi infancia, cuando la mariposa blanca revoloteaba y cantaba junto con mi madre para mimarme en los días de lluvia y en los días de sol. La melodía me hacía imaginar que cada persona tiene un color, un brillo propio. Yo me identifico con el color del sol, el amarillo por mi entusiasmo que fluye en el aire. A María con la fuerza del rojo de la sangre y el fuego, encendiendo a otros. A Eugenio con el verde y la calma, como cuando hay pequeñas gotitas de agua en las hojas, cuidando cada detalle. Lluci con el color azul que envuelve y nos lleva a lo profundo de la tierra… Todavía confío plenamente, que aun en la distancia, si nos unimos, podemos crear un arcoíris en cada tormenta.

Aquel talento que tenía de niño, de percibir en la naturaleza cosas que los adultos habían olvidado, regresaba a mí. Veía ahora a un nuevo amigo que siempre estuvo conmigo. Aquel maravilloso saltamontes que me acompañaba y cuidaba en cada salto mientras iba de un lado a otro. Él conseguía que me olvidara de todos mis problemas. ¡Tan solo mirarlo y sentirlo cerca me hacía tan feliz!

Adoraba bajar casi saltando de la montaña y ver delante de nosotros cómo se abría el mar. Mientras recorríamos la playa, recordaba los atardeceres junto a mi madre en Senegal. ¡Eran momentos mágicos!Algo que me gustaba mucho de Lluci era la ropa que se hacía para sí misma, tenía un gran talento con sus manos. Yo había aprendido a reciclar telas en mi tierra, y ella también lo hacía. Creaba algo nuevo a partir de lo ya usado. Además, tenía mucha paciencia para tejer.

En ocasiones, ella daba talleres como voluntaria en escuelas; le apasionaba compartir el concepto de alimentación de kilómetro 0, basado en consumir alimentos producidos localmente. Esto no solo reduce la huella ecológica, sino que también promueve la salud, al evitar los productos ultraprocesados o con conservantes.

A través de sus enseñanzas, Lluci me mostró cómo la tradición culinaria asturiana tiene mucho que ver con el respeto a la naturaleza, el uso de productos frescos y de temporada, y que el consumo responsable empieza por lo que ponemos en nuestros platos.

Cada vez me daba más cuenta de lo importante que era estudiar, y que, a medida que aparecían nuevas necesidades, había más temas por explorar. Con su ejemplo, comprendí que, si deseaba educar a otros, debía comenzar por educarme a mí mismo. Y que, en ese esfuerzo de autoeducación, también me estaba sanando y nutriendo a mi mismo.

Entendí que los pequeños cambios generan grandes transformaciones. Era una nueva forma de trazar pinceladas de vida a mi alrededor. Lluci me decía que somos como una gran orquesta en la humanidad: si cada uno practica y toca su instrumento, luego podemos encontrarnos con otros y crear una sinfonía juntos. Ella sí que era una soñadora, y la verdad es que me había contagiado un poco.

Cuando le conté que había decidido regresar a Senegal, le invadió la melancolía por lo mucho que iba a extrañarme. Pero, como siempre, me apoyó incondicionalmente. Me impactaba como valoraba la vida por encima de todo.

Retorno al interior del Baobab

Hoy tomo el vuelo de Madrid a Dakar. Mientras miro por la ventanilla, observo las nubes y revivo mi pasado como si fuera el presente. A mi alrededor, veo a las personas, pero miles de pensamientos y recuerdos revolotean dentro de mí. Tomo mi cuaderno y comienzo a escribir lo que siento.

A mis 42 años, tengo tantas cosas que compartir que no sé por dónde empezar.

Llegué a España con una mochila vacía, y ahora retorno a mi lugar de origen, cargado de experiencias. Me llevo mucho más de lo que hubiera imaginado. No todo fue fácil. Sufrí el desarraigo, la soledad, y me costó adaptarme a los contrastes culturales. Extrañaba nuestra comida comunitaria y a mi familia. Aun así, las personas que conocí hicieron que España también se convirtiera en mi refugio y hogar.

Hoy, me duele partir. Sé que llevo conmigo frutos que he cosechado, listos para compartir con otros.

Sigo soñando como lo hacía entonces, pero ahora tengo la convicción de que, cuando unimos nuestras fuerzas y voluntades para el bien común, los sueños pueden hacerse realidad. Ojalá, al igual que ese pequeño Olluquito en Perú que alimenta a menores en situación de pobreza, podamos transformar el hambre de justicia y hacer de nuestra tierra un hogar para todos y todas. Me he dado cuenta de que es posible aprender hábitos más saludables y sostenibles.

Voy observando el gran océano, cruzándolo otra vez, y me doy cuenta de que este regreso es distinto. Ya no viajo en cayuco ni llevo una mochila con tan solo pan y agua. Ahora estoy en un avión, con una maleta llena de recuerdos y aprendizajes, deseando que otros también tengan la oportunidad de elegir dónde vivir, qué comer, estudiar y tener un trabajo digno.

En el viaje de retorno a “casa”, me comprometí conmigo mismo: *"Voy a empezar por mí. Trabajaré en ser coherente entre lo que pienso, siento y hago para crear un lugar más humano para todos y todas”.*

El viaje pasó volando. Estaba lleno de entusiasmo, con ganas de ayudar a otros. Al principio, colaboraba con pequeñas cantidades de dinero, donando 115 euros al mes con mucho esfuerzo. Ahora, después de tantos años de trabajo y con el apoyo de personas altruistas, me siento casi un "millonario". Traigo conmigo los ahorros de años y donaciones para impulsar el crecimiento de la huerta que nació de aquel basural. Queremos escuchar y atender las necesidades de la comunidad en temas de educación y cultura.

Al aterrizar en Senegal sentí tanta paz, como si todo volviera a encajar en su lugar. Tenía tantas cosas por hacer que no había podido realizar en años: visitar a mi familia, ver a mis amigos... Fui a varias ciudades como Dakar y Mbour, además de algunas zonas rurales como Louly y Nghel. Como es tradición, me dirigí al árbol del baobab.

Desde pequeños, plantamos diferentes y hermosos árboles, sin embargo el baobab es especial. De su tronco sacamos sogas para pescar. Sus frutos son dulces y medicinales. Pero el baobab es mucho más que eso. Es un hogar de familia y reencuentros, un árbol sagrado. Allí, acompañados por música, en comunidad, agradecemos y honramos la vida de nuestros ancestros.

Al acercarme al árbol, algo mágico sucedió. Parecía que el Baobab podía percibir lo que acontece en mi interior: mis anhelos, mi amor por mis seres queridos. Él lo abraza todo. Es como si uniera sin tiempo ni espacio todo lo que habita en mi corazón. Entré en el interior de su tronco y sentí una gran celebración de bienvenida, como un nuevo nacimiento. A mi lado estaban mis padres, quienes me dieron la vida. Y aunque mis amigos de España se encontraban a miles de kilómetros de distancia, de alguna manera, también los sentía presentes.

Para el baobab, todo es posible. Su sabiduría es fruto de años y años de vida ¡algunos baobab pueden vivir por más de 4000 años! ¡Él se vislumbra tan imponente! Su tronco se ensancha y se abre para permitir el traspaso de la luz en la oscuridad.

En el silencio del interior del Baobab, volvía a pasar por mi corazón tantos recuerdos para agradecer. Él árbol, me escuchaba y recreaba todo aquello que yo estaba imaginando.

Por un momento, pude sentir junto a mi a mi familia y a mis amigos. Puede recordar mi infancia en el vertedero, aquella osadía de cruzar el mar y mis aventuras en la juventud en España...

Me imaginaba a María vestida de rojo, que con su energía, movilizaba una gran fiesta. Se encargaba de preparar nuestro plato tradicional, el "thiéboudiene", para que todos comiéramos juntos con las manos como es tradición.

También podía ver a Eugenio, dispuesto a intentar tocar el tambor de María, para animar el gran banquete.

Escuchaba la kora que tocaba Lluci y el canto de la mariposa blanca que parecía haber venido de mi infancia. Juntos llamaban a los ancestros con su música. Mi padre y mi madre sonreían, en paz, como si el tiempo no hubiera pasado para ellos.

Todos cantábamos juntos en coro, “Makanisi” la canción que Lluci amaba. En el cielo hasta las aves cantaban en plenitud para nosotros. Formábamos un arcoíris en el atardecer que se asomaba. Se podía oler en el aire que este nuevo ciclo, esta vez ya se terminaba.

Aun así, mi pequeño “gran guardián”, el saltamontes, estaba todavía conmigo recordando que este final es solo un nuevo salto de vida.

Que en cada rincón del mundo podemos seguir soñando, dando el salto juntos, cantando en comunidad, creando sueños de Olluquito.

MAKANISI

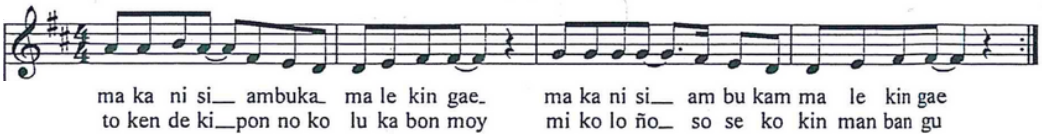
Canción de Lokua Kanza
(Traducción del lingala al español)

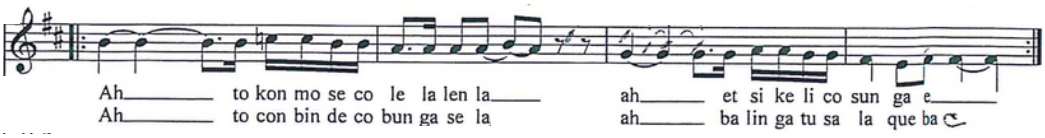
"Recuerdos de mi tierra
me sobrepasan.

Nos fuimos buscando
la salvación
y nos pasamos
la vida huyendo.

¡Ah, estamos llorando, llorando!

¿Acaso lo único que nos queda
será volver a casa?





Makanisi ambu kamale kingae
Makanisi ambu kamale kingae
Taken de ki ponokoluka bonmoy
Mikoloño sose kokinmanbangu

Ah toconmose cole lalenla
Ah etsi keli cosun gae
Ah toconbinde cobun gasela
Ah balingatusala que bae

Ser en lo pequeño,
cosecha sueños.

Ser sembrador,
confía en la fuerza de la vida.

Ser guardián,
cuida tu propio bienestar y protege a la tierra.

Ser puente,
despierta el interés por el otro y une.

Ser como el baobab,
permite el paso de la luz en la oscuridad.

Ser música,
crea comunidad que "alimenta" a la humanidad.

CONOCE *tu consumo,*
EDUCA *sostenible,*
PROTEGE *tu salud.*

Los Sueños de Olluquito

Conoce, Educa, Protege.

Sensibilización, concienciación y empoderamiento de los Derechos de la Infancia, la Niñez y la Adolescencia

ELABORADO POR:

Liga española de la educación de Utilidad Pública

FINANCIADO POR:

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE DERECHOS SOCIALES, CONSUMO Y AGENDA 2030

POR SOLIDARIDAD
OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL